

Dichosa tú, que encontraste
 en el infinito espacio,
 el espléndido palacio
 que tantas veces soñaste.
 Dichosa tú que dejaste
 pompas del mundo mezquinas,
 y en las regiones divinas,
 que con tu presencia encantas,
 miras rodar á tus plantas
 mil esferas peregrinas.

¡Dichosa tú! que el morir
 de la vida en los albores,
 sin angustias ni dolores,
 no es morir sino vivir.
 Dichosa tú, que al partir
 no tuviste que temer,
 y partiste sin caer.
 ¡Llegar á la excelsa cumbre
 do irradia divina lumbre,
 siendo un ángel.... es nacer!

.....

Sauces de triste murmullo,
 prestad al sepulcro sombra;
 violetas, servid de alfombra
 á una violeta en capullo.
 Prestad, aves, vuestro arrullo
 á la paloma inocente
 que el vendaval inicamente
 azotó al tender el vuelo;
 venid, ángeles del cielo,
 cantad su gloria esplenidente.



EL TIEMPO.

Al Sr. D. Victoriano Agüeros.

Un año más, un año
 su frente encanecida
 del tiempo en el abismo
 ya triste sepultó!
 ¡Un año más, un año,
 suspiro de la vida,
 lamento doloroso
 que el aire se llevó!

Un año, sí, ¿qué importa?
 ¡decidme, ¿qué es un año?
 Palabra que pronuncian
 los siglos al pasar;

sonido misterioso
que vaga en giro extraño,
y apenas si percibe
la inmensa eternidad.

Es nube voladora
que allá en el firmamento
va aligera arrastrando
su manto de oro y tul,
y mirtase indecisa,
veloz cual pensamiento,
su sombra dibujarse
del lago en la onda azul.

Del mar de nuestra vida
espuma que levanta
del tiempo fugitivo
la airada tempestad,
y lleva de ola en ola,
con rapidez que espanta,
cabe la blanca orilla
su triste fin á hallar.

¡Detén tu vuelo, oh sombra
que cruzas el espacio,
detén tu vuelo, escucha
mi grito de dolor!
Tu vida es cual mi vida,
magnífico palacio
forjado por la mente
de pobre soñador.

Detén tu curso eterno,
pues siento que la vida
fugaz y deleznable
contigo huyendo va;
que pronto mi cabeza
veráse encanecida,
y siento que mi sangre
tu soplo helando está.

Mas ¡ay! en vano, en vano
pretendo, que es locura,
tu ruido torbellino
momentos detener;
mis ojos verán siempre
tu negra vestidura,
cual sombra vana ante ellos
pasar, desaparecer.

Tras ella va mi vida
cual rápido torrente
que cae de la cumbre
con ruido aterrador,
y extiende por el valle
su límpida corriente,
que muere entre las ondas
del mar atronador.

En vano será, ¡oh tiempo!,
que siga tu camino,
y en vano que procure
tu curso detener.
Tu ruta es ruta eterna,
correr es tu destino

sin un instante solo
tu viaje suspender.

Al soplo de tus labios
mil series se levantan
do quiera que tú posas,
huyendo, el leve pie;
con vida se estremecen,
palpitan, giran, cantan,
mas huyes y los dejas
en breve perecer.

Si tú nos das la vida,
bien pronto la arrebatas;
¿sér eres caprichoso,
creador y destructor,
avaro de la dicha
que das y luego matas,
fuente eres bienhechora,
torrente asolador!

Arco iris que en el cielo
de Dios la mano traza,
si calma sus furioses
la fiera tempestad:
sus prístinos cambiantes
reviven la esperanza
que el corazón abriga
del mísero mortal.

Mas ¡ay! cuán pronto extingue
la noche con su manto

los fúlgidos reflejos
del arco bienhechor!
¡Cuán presto la alegría
convírtese en quebranto!
¡Cuán presto la ventura
tornarse vi en dolor!

El día es hijo tuyo,
la vida simboliza;
el sol, tu fiel ministro,
derrámala do quier;
mas tú también produces
la noche que horroriza,
la noche que semeja,
fatídica, el no sér.

Y así la noche al día
va siempre sucediendo,
que en pos de la ventura
camina el cruel dolor,
y rápidos van ambos,
tu impulso obedeciendo,
á caer en honda sima
do nunca luce el sol.

¿Quién eres, sér extraño,
que naces cuando mueres,
y mueres cuando naces,
que siempre vivo estás
y siempre estás muriendo?
Mi afán alivia, ¿qué eres?;
¿de dónde vienes?, dime,
responde, ¿á dónde vas?

¡Enigma misterioso
que el alma mía asombra
y en vano comprendente
procura la razón!
Ni espíritu, ni cuerpo,
ni luz, ni aun vana sombra;
no existes y en ti existen
las mundos, la creación.

Tú vives porque vivo,
no mueres porque muera,
que mientras seres haya,
tú siempre vivirás.
Tú marcas de mi vida
la noche pasajera....
La eternidad sin límites
de Dios no marcarás.

Tu curso sigue, ¡oh tiempo!
tu raudo torbellino
yo en horas de locura
quisiera detener;
tu ruta es ruta eterna,
correr es tu destino
sin un instante solo
tu viaje suspender.



ROSA MISTICA.

Rosa en el campo de David brotada,
del jardín de los cielos desprendida,
tú embalsamas el aura de la vida
por el negro pecado envenenada.

Rosa que fuiste reina proclamada
de las rosas de Sion, y enaltecida
hasta el trono de Dios, estás circuida
de soles, y de estrellas coronada.

De tu aroma divino se llenaron
cielo y tierra, y tu cándida hermosura
símbolo es fiel de angélica pureza.

Y la tierra y los cielos te aclamaron
de las flores, la flor más bella y pura,
mística rosa de gentil belleza.



DE VERACRUZ A MEXICO.

A mi inolvidable amigo Francisco Sosa.

Ya la luz de la mañana
vaga y tímida alborea,
y en disipar se recrea
la blanca niebla liviana.
Se escucha de la campana
la voz pausada y sonora,
y la gran locomotora,
que ruge, tiembla y se agita,
ya rauda se precipita
y ya la vía devora.

Del monte tras la cortina
se oculta, al fin, Veracruz,

y va creciendo la luz
sobre la enhiesta colina.
En la montaña vecina
un mar de nubes se mece.
tras ella luego aparece,
entre mares de arrebol,
la encendida faz del sol,
y á su luz el mundo crece.

¿Es un sueño, ó es verdad?
¿Es acaso devaneo,
ó es ilusión que el deseo
disfrizó de realidad?
¿Qué imponente majestad!
¿qué regia naturaleza!
Brilla en ella tu grandeza
¡oh Señor! arrobadora,
y en ella el alma te adora,
y en ella te mira y reza.

Baja del sol el torrente
de los rayos tembladores,
y la luz en mil colores
pinta un cuadro sorprendente.
Mares de oro reluciente,
lagos de zafir y gualda,
océanos de esmeralda,
de púrpura y de topacio,
apenas tienen espacio
de los montes en la falda.

¡Qué hermosura! ¡qué portento
de creación jamás soñada!
¡Qué realidad ignorada
por el audaz pensamiento!
¿Qué bardo en el ardimiento
de sublime inspiración,
pudo soñar tu visión.
¡oh mundo! cuya belleza
hace pensar que en ti empieza
del mismo Dios la mansión?

¿Qué pintor lograra tanto
que fiel pudiera copiarte
y á sus lienzos trasladarte
con tus bellezas y encanto?
¿Qué cielo tiene tu manto,
que del sol los rayos doran
y ricas tintas coloran,
¡oh espléndido cielo azul!
¿Qué tul se parece al tul
de las nubes que en ti moran?

Rueda en sus rieles de acero
la gentil locomotora,
que las sisnancias devora,
y yo detenerla quiero.
Todo es aquí pasajero;
fijarlo ansío un instante,
y miro absorto, anhelante,
cómo indeciso y fugaz,
va huyendo siempre hacia atrás,
y yo siempre hacia adelante.

El extenso llano miro
 cercado por altos montes,
 ¡qué espléndidos horizontes!,
 ¡qué panoramas admiro!
 Do quiera la vista giro
 sin dejar de contemplar
 éste que parece un mar
 de no soñada belleza:
 ó aquí el Paraíso empieza,
 ó voy el cielo á escalar.

Sobre el viaducto atrevido,
 que en pies inmensos descansa,
 la máquina se abalanza
 como león perseguido.
 Cruje el hierro estremecido,
 que en los rieles se golpea,
 y lanza la chimenea
 su cabellera que sube
 á confundirse en la nube
 que en la montaña rastrea.

Roncos bramidos lanzando,
 su carrera audaz y rauda
 contiene, y su extensa cauda
 lentamente va arrastrando.
 Y á la alta cumbre trepando,
 que sobre cumbres se extiende,
 un mar infinito hiende
 de nubes y de celajes....
 ¡son divinos cortinajes
 que el cielo, á su paso, prende!

Baja luego majestuosa
 y entra en el túnel obscuro,
 con paso firme y seguro,
 con la altivez de una hermosa.
 ¡Allí está la portentosa
 obra del genio: es el puente
 de Metlac, férrea serpiente,
 que sobre montes descansa,
 y sobre honda sima lanza
 su media luna esplendente.

De espanto y admiración
 un grito del pecho arranca,
 ya la profunda bartranca,
 ya del hombre la creación.
 ¡Qué inefable sensación!
 ¡qué dulce encanto, Dios mío!
 á mis pies el hondo río,
 sobre mí los altos montes,
 más allá los horizontes
 y do quier tu poderío!

Huye este cuadro grandioso
 que en el vacío se mece,
 y pronto desaparece
 cual ensueño vaporoso.
 Luego el valle delicioso
 de Orizaba se presenta
 que mil primores ostenta.
 ¡Cuánta luz y cuántas flores!
 Del Pico los resplandores
 tanto primor acrecienta.

Huye el Valle de Orizaba
y con él su manso río,
la ciudad, su caserío
que la montaña ocultaba.
Mas luciendo continuaba
Citlaltepec su belleza,
su gallarda gentileza
y sus faldas espaciosas,
que ha esmaltado con sus rosas
la rica naturaleza.

Sube rugiendo otra vez
el férreo monstruo de fuego,
se detiene y sigue luego
corriendo con avidez.
Pasa pronto la estrechez
de otro túnel y otro puente,
y sube y sube rugiente
á las cumbres de Maltrata,
desde donde se retrata
un panorama esplendente.

Del valle en el ancho seno,
como búcaro de flores,
duerme su sueño de amores
de Maltrata el pueblo ameno.
De templos y casas lleno
se le ve desde la altura,
como un pueblo en miniatura
que regio altar embellece
y á veces desaparece
tras la revuelta espesura.

¡Cuán gentil y primorosa
te hizo Dios, oh patria mía!
¡Jamás loca fantasía
soñó mansión tan hermosa!
¿Mas por qué en el alma ansiosa,
al contemplar tu hermosura,
surgir vi la imagen pura
de otra apartada región,
que adora mi corazón
con liresesí, con locura?

¿Por qué á mi mente acudió
la memoria no borrada
de la tierra idolatrada
do mi cuna se meció?
¿Por qué el alma suspiró,
con tristeza y desconsuelo,
por contemplar otro cielo,
do entre nubes de arrebol,
más brillante luce el Sol
sobre el infecundo suelo?

¿Por qué vi mecerse ufana
sobre la playa arenosa,
la palma gentil y airosa
que mi verjel engalana?
¡No lo sé, patria itzalana!
mas tú brotaste á mi mente
cual visión resplandeciente;
y mi inquieta fantasía,
con las galas te vestía
de esta tierra sorprendente.

Envidiaba sus colinas
 sus lejanos horizontes
 y sus nieblas opalinas.
 ¡Cómo las manos divinas,
 ¡oh México! te adornaron,
 y en tu seno derramaron,
 colmándote de ventura,
 los dones de la hermosura
 que otras tierras te envidiaron.

Mucho tiempo ya ha pasado,
 y aun grabada está en la mente
 tu hermosura sorprendente,
 tu encanto nunca soñado.
 Pretendo hoy, loco y osado,
 mis canciones entonarte,
 y en mis versos retratarte...
 ¡vano esfuerzo que me abruma!
 ¡Rompo ya la tosca pluma
 que no ha podido pintarte!



LLANTO DEL CORAZON.

¿Y eres tú la que un tiempo me decía
 que con el alma entera me adoraba?
 ¿Y eres tú la que amantí me juraba
 mil veces que jamás me olvidaría?

¿Por qué hoy te miro indiferente y fría?
 ¿Dónde está de tu amor la ardiente lava?
 ¡Tú, pérfida mujer, eres ya esclava
 de una loca pasión que no es la mía!

Corre ciega y cautivente los lazos
 á que ese afecto criminal te lleva;
 rasga la venda de mi fe en pedazos;

no mi recuerdo á compasión te mueva...
 ¿qué te importa mi amor? ¡Olvida y goza
 mientras mi pobre corazón solloza!



LLANTO DEL CORAZON.

Y eres tú la que un tiempo me decías
 que con el alma entre las abejas
 Y eres tú la que durante un tiempo
 mil veces me dijiste que olvidaras
 y por qué hoy te miro indolente y fría
 ¿Dónde está el amor la ardiente lava
 Tu pérdida mujer, eres ya esclava
 de una loca pasión que no es la mía
 Corte ciega y cegamente los ojos
 que ese síncro criminal te lleva
 hacia la verdad de mí te enredaron
 no un momento a comparación te mudas
 que te imporas mi amor? Ojalá y goza
 encuentra un pobre corazón solitario!



EL NADADOR Y LA CORRIENTE

Mucho de audaz y poco de prudente
 tuvo seguramente
 un ágil nadador que pretendía,
 en no lejano día,
 cruzar un río contra la corriente.
 Y aunque no le faltó quien le dijera
 que el riesgo no corriera,
 él, obstinado y loco,
 de su fuerza y valor no desconfía.
 Se desnuda, se lanza á la onda fría,
 en donde se le ve luchar á poco.
 Y lucha con valor y con pujanza,
 con tan raro denuedo,
 que llega á sonreírle la esperanza
 de salir victorioso en la ardua empresa.
 Ya la orilla contraria á ver alcanza
 y de nadar no cesa;

mas la fuerza le falta, al fin, y el brio,
 y aunque sin tregua lucha
 con creciente valor y sin descanso,
 la corriente le arrastra y en el río
 húndese hallando inevitable muerte.
 Un instante después, su cuerpo inerte,
 que la corriente azota,
 sobre las ondas turbulentas flota,
 y empujado del río hacia un remanso
 parece que navega
 y á detenerse entre los juncos llega.
 "Esta historia demuestra solamente,
 que es inútil audacia y gran locura
 con la fuerza luchar de la corriente."



EL SABADO DE GLORIA

Sobre la línea azul del horizonte,
 que en curva inmensa extiéndese lejana,
 el sol de la mañana,
 cual nave esplendorosa,
 á navegar comienza majestuosa
 con sus velas de fuego sacudidas
 por impetuoso viento,
 el infinito mar del firmamento.
 Las nieblas impelidas
 de la alta cumbre del Calvario monte
 por el aire sutil en que se mecen,
 bajan del valle hasta el risueño fondo,
 y al fin desaparecen
 del barranco profundo en lo más hondo
 ;Qué esplendoroso el lumínar del día
 sus rayos lanza en la azulada esfera,

llevando la alegría
y la luz por doquier, como si hubiera
llegado a la mitad de su carrera!
Torrentes de armonía
se escuchan resonar, cual himno santo
que alegre coro angelical alzara
y al Creador del mundo dedicara.

Abren las flores su nevado broche
luciendo en sus corolas
que del río en las linfas se retratan,
lágrimas que virtió la tibia noche.
Y surgen de sus cálices las olas
de los perfumes suaves
que en las ondas del aire se dilatan.
Y sonríe feliz Naturaleza
llena de puro y cándido alborozo
al contemplar su mágica belleza.

Mas súbito temblor conmueve al mundo,
cual si un astro, saliendo del camino
que señalado entre los orbes tiene,
rozado hubiera el eje diamantino
en que el orbe terráqueo se mantiene.
Y allá del cielo en la azulada altura,
surgir se ve un querube
de luz vestido y nítida blancura,
y la extensión del cielo
cruzando en manso vuelo,
al sitio llega donde en pobre fosa
del Hombre-Dios la humanidad reposa.

Suave perfume, como flor divina,
de Cristo el cuerpo exhala...
y apenas con el ala
el Angel del Señor la piedra toca,
se abre la tumba y derribados caen,
de súbito pavor sobrecogidos,
como las cañas que doblega el viento,
los soldados de Herodes escogidos
para guardar de Cristo el monumento,
Con suaves y aromáticas resinas
llegaron las mujeres
que las huellas divinas
siguieron hasta el monte del Calvario,
y grande fué su asombro cuando vieron
vacía ya la tumba
en que el cuerpo de Cristo halar creyeron,
y en el suelo el blanquísimo sudario.

La triste Magdalena
deja, entonces, correr acerbo llanto;
ante el sepulcro postrase, y la pena,
y el hondo desconsuelo, y el quebranto,
en sus sombras amargas la envolvían...
Mas de pronto escuchó que le decían:
—“Di, mujer, ¿por qué lloras?”
Al oír tal acento, con presteza
tornando la cabeza,
ve entre mares de luz arrobadoras,
con majestad augusta destacarse
de su Jesús la imagen bendecida,
y absorta y sorprendida,
arrójase á sus plantas;

mas extiende Jesús las manos santas,
 las aun heridas y sangrientas manos,
 Y—"No me toques, dice, soy el Cristo,
 voy á mi Padre aún; á mis hermanos
 di que á Jesús resucitado has visto."
 Pronto la extraña nueva,
 como la luz que los espacios hiende,
 por la ciudad se extiende;
 la fe de los discípulos renueva,
 y corre el pueblo en grupos afanoso
 á contemplar á aquel Crucificado
 á la vida inmortal resucitado.

Predicho estaba así. Las escrituras
 tuvieron ya su exacto cumplimiento.
 El Hombre-Dios desde elevada roca
 álzase majestuoso al firmamento,
 y cual radiante aligero querube,
 desaparece, al fin, en las alturas
 entre el fúlgido albor de tenue nube.



EL RELOJ.

Máquina eres portentosa
 en la que juzgo reside,
 genio que del tiempo mide
 la carrera presurosa.
 ¡ Invención maravillosa
 del humano pensamiento!
 tú nos marcas el momento
 breve y fugaz de la vida,
 que es estación de partida
 en el valle del tormento.

Escucho absorto, anhelante,
 el sonido acompasado,
 siempre igual, siempre pausado,
 de tu péndola oscilante.